

Me gusta la noción de diario íntimo para explicar el sentido de la obra final, fruto y testimonio de la experiencia vivida. En este sentido nos encontramos frente a una forma de proceder en la que el proceso es lo más importante y donde el resultado final es la acumulación de todos los momentos vividos. De esta manera el objetivo no es tanto resolver la obra final como identificarse plenamente con el día a día que configura su elaboración. Todo lo dicho enlaza con la idea de que la obra no es únicamente una última versión/visión, ni tampoco es su objetivo. Cuando uno decide renunciar a una cierta habilidad en la práctica pictórica, pierde y gana cosas: por una parte pierde una cierta noción de estilo, de lenguaje propio... Pero por otra parte tiene el privilegio de tomar distancia con su trabajo, una distancia que lo acerca a un posicionamiento más propio al del espectador y que le permite disfrutar y exigir a la obra: nuevas sensaciones, reflexión, compromiso... En definitiva, aspectos que muy a menudo el autor se olvida de sentir y exigir en el momento de crear. Para mí, la implicación con el trabajo pictórico está más relacionada con el grado de sorpresa colectivo.

Hoy por hoy, la pintura me reclama que su versión final refleje todo el proceso seguido y exigirle a éste el máximo de intensidad, emoción, belleza y sorpresa... Ya que todo será perceptible. O dicho de otra manera, si el proceso es intenso, sentido, emotivo... podemos hacer casi abstracción de su versión final resultante. Tal y como si dibujáramos algo y concentráramos la mirada en sentir y gozar exclusivamente del sujeto a dibujar sin fijar la mirada en ningún momento en la hoja que acoge el dibujo: el resultado final, además de ser una sorpresa será imperativamente la muestra más fiel del grado de intensidad de la experiencia vivida. Así pues, de lo único de lo que tenemos que preocuparnos realmente es de exigirnos que el camino que nos lleva a hacer una obra sea lo más intenso y sentido posible... Y dejarnos de arbitrajes estéticos durante su transcurrir...

Si hacemos un paralelismo con la vida coincidiríamos en atribuir importancia a todos aquellos momentos de acción y de carácter interactivo durante su transcurso; y no le dedicaríamos tanta atención a la muerte, sin opción de alimentar otros caminos o novedades... En pintura, debemos dedicar todo nuestro esfuerzo, sentimiento y concentración al proceso (vida de la obra) y aceptar la versión definitiva de ésta, su aspecto final inamovible, como la mejor de las tristes suertes que supone la obra acabada.

(Escritos extraídos de DUBTAR DE TOT... I PINTAR, Xavier Escribà 2012-2013)